

Un "Crítico" y el Arte Mural

por Sebastián Salazar Bondy

Las dimensiones de un cuadro, aunque de primera intención el criterio parezca impropio, tienen importancia y son decisivas en lo relativo a su calidad y valor estéticos. Esto no quiere decir, sin embargo, que un cuadro grande sea siempre bueno, pero significa que una obra de tamaño considerable, si es buena, es superior a una pequeña. De ahí que el arte mural implique un mayor mérito con respecto al arte de caballete, y que los grandes períodos de la historia, las épocas de esplendor espiritual, soliciten creaciones de resonancia pública. Conforme el arte se reduce a un mundo privado, disminuye también su fuerza y profundidad. Es inconcebible la representación de asuntos como la creación del mundo o la Pasión de Cristo, por ejemplo, en el espacio de un medallón, a la manera de las miniaturas dieciochescas. Del mismo modo, resulta imposible escoger el muro de un palacio para pintar en él el retrato de un poderoso o el de su favorita. Lo mismo sucede en otros órdenes artísticos: el teatro griego pide el coliseo y el vodevil exige un ámbito mucho menor, la "Divina Comedia" es un libro voluminoso y las novelas rosadas no alcanzan el centenar de páginas.

El Tema Trascendental

El "crítico de los críticos" que dominicalmente se ocupa en analizar desde las páginas de su periódico, la opinión ajena, no ha comprendido por qué el autor de esta nota afirmó del pintor Sigfrido Laske que "busca los temas trascendentales, esos que piden el muro porque cantan y proclaman alguna verdad social". Y tan no ha comprendido, que pregunta, a raíz de aquel aserto, por cosas que ni siquiera fueron propuestas. Se dice: "¿Es que las buenas pinturas las hacen los temas trascendentales, o más simplemente, los temas?" La comprobación que propuso su pregunta no alude a lo bueno o lo malo: se refiere exclusivamente a que determinados temas, especialmente los de carácter social, es decir, los que encarnan un problema de interés general, de efecto público, de carácter nacional o universal, son dignos de ocupar un lugar donde la mayoría los aprecie y asimile. El asunto del fresco de la Capilla Sixtina, como es evidente, sólo se explica en el muro. Luego, el mismo comentarista inquiere: "¿Es que a los temas trascendentales no les basta con la tela y piden el muro?" Habría que responderle que sí, aunque su sorpresa se magnifique. Un juego abstracto o una naturaleza muerta no son trascendentales (no trascienden, no van más allá). Los arabescos del Alhambra — el arte abstracto más antiguo — o los cuadros con motivos instantáneos, aunque sean hermosos, no in-

fluyen en las multitudes como cualquiera creación religiosa del Renacimiento. Por último, el perplejo inquisidor averigua: "¿O es que para el ser humano los únicos temas trascendentales es (sic) alguna verdad social?" Aquí lo que ha provocado su estupor es la palabra "social". Baste responderle que social significa "perteneciente a la sociedad" y que, por tanto, verdades sociales son las que atañen a la religión, a la historia, a la ciencia, etc. Un cuadro que trate de la guerra, de Dios, de una gran invención, del trabajo, etc., tendrá siempre un tema trascendental. Su objeto será persuadir, a través del arte, sobre algo que puede producir un cambio en la concepción del mundo y de la vida que posee la sociedad. Giotto y Diego Rivera, para poner dos casos sumamente alejados en el tiempo y la ideología, dicen en sus obras lo que creen que es la verdad social e intentan convencer a sus contemporáneos de ello. Ambos son magníficos pintores y sus obras, además de llevar una intención, son magníficas.

Dos Actitudes

Conviene, si se procede con altura, leer bien. La frase que el domingo comentara el señor L. M. Q. G. era explícita. No decía que el tema trascendental hiciera de por sí buena pintura, sino que el artista tenía una concepción del arte — y, por ende, del tema, del cual sólo el arte frívolo de los abstractos está divorciado — que por su categoría social lo conducía al muro. Sigfrido Laske exhibía en su exposición algunas telas que rebasaban los límites de la pintura de caballete: su inspiración exigía el amplio espacio de la pared pública, pues no se entona un himno para la tertulia familiar o para la intimidad de la alcoba. Claro que a un partidario del arte abstracto, para quien las mismas formas de un cuadro pequeño, simplemente multiplicadas, se adecúan al muro, las palabras, "temas trascendentales", tienen que parecerle absurdas. Ningún motivo trascendental le interesa a esta estética de regocijo meramente óptico, en la cual cabe todo — el explosivo desorden de Hartung y el orden matemático de Dewasne —, siempre y cuando carezca de todo contenido y sea, en consecuencia, vacío e inocuo. Un mural abstracto es una decoración. Un mural figurativo no se resigna a ese papel secundario, pues el pintor, hombre con ideas y emociones vivas, existente en el sentido más hondo de la palabra, quiere proyectarse íntegramente en su creación, llegar hasta el espectador, conmovirlo en todo su ser y elevarlo hasta un punto situado por sobre él y su circunstancia. Son dos actitudes y, como es lógico, implican respectivamente soslayar un deber y asumirlo.